al Capitán Diego del Castillo á reconocer el campo de los enemigos, encontró éste con una tropa de ellos, de los que hirió á muchos y mató algunos. Conocido por medio de algunos prisioneros el número de los contrarios y los ventajosos puestos que ocupaban, determinó el Capitán Barrasa dar aviso al Gobernador de la Vizcaya, que ya era entonces D. Diego Fajardo, pidiéndole, juntamente, víveres y algún mayor número de soldados. El nuevo Gobernador, recibida esta noticia, marchó en persona al Parral, de donde al frente de trescientos sesenta hombres entre españoles é indios amigos, partió á juntarse con el del Capitán Barrasa, como lo ejecutó el 18 de Enero de 1649, con extraordinaria diligencia. Logró Su Señoría que atemorizados los indios con varios acontecimientos felices y con muchas partidas de españoles que por todas partes los seguían, quemadas más de trescientas poblaciones pequeñas y taladas sus sementeras y muertos ó prisioneros muchos de los suyos, viniesen rendidos á sometérsele y á pedirle la paz. Se les concedió con la condición de que habían de entregar á los cuatro caciques autores de la sedición. El principal agente de esta negociación que fué un cacique llamado Don Pablo, partió en busca de los alzados, y juntos luego muchos de los suyos, volvió al campo con la cabeza de Don Bartolomé, y con la presa de sus hijos y mujer. La misma fortuna corrió poco después el cacique Tepox, que cayó en manos de una tropa de fieles tarahumaras. La conciencia de su delito le hizo pelear con desesperación, hasta morir erizado, todo el cuerpo, de innumerables flechas. **Sopigiosi** y **Ochavari**, solitarios y errantes, de bosques en bosques, presos ya, sus hijos y mujeres y la mayor parte de su séquito se hubieron de rendir por fuerza poco después de la partida del Gobernador. Este, antes de volverse al Parral, dejó en el mismo valle del Aguila, una población nueva á la que dió por nombre **Villa de Aguilar**. El sitio era muy propio por la abundancia de agua y fertilidad de los campos, y por otra parte de bella situación para servir de freno á la inquietud de aquellas naciones. Estaba muy cercano el Valle **Papigochi**, muy poblado de tarahumaras y donde le pareció podía establecerse una florida misión, cuyo ministro atendiese juntamente á los españoles de la Villa. Quiso que se encargase la Compañía de este cuidado y efectivamente se envió luego al P. Cornelio Bendín, fervoroso flamenco que poco tiempo antes, animado de espíritu apostólico, había venido de Europa.

Principio de la misión de Papigochi.—Primera fundación de Papigochi por el P. Cornelio Bendin.

AÑO 1649.

El celoso misionero avanzó mucho en poco tiempo; era dotado de un natural muy blando, con lo que le fué fácil hacerse amar de los indios, que presto se congregaron en grande número. Fabricó casa é Iglesia en lugar algo apartado de la Villa, enseñando el mismo Padre á los indios y ayudándolos personalmente en el trabajo, aun de sus propias chozas.

Su caridad le traía de rancho en rancho, por todos los contornos, halagando á los naturales y rara vez volvía sin mucho acompañamiento de los que dejaban las breñas y los bosques, que venían á establecerse cerca de la Iglesia. Comenzó luego á instruirlos y en poco tiempo había ya conferido el Bautismo á la mayor parte de los adultos.

En medio de estos progresos que llenaban de consuelo, no le faltaba al santo hombre mucha materia de mortificación por las vejaciones que hacían á los neófitos, muchos vecinos de la villa más atentos á sus temporales intereses que á la propagación del reino de Dios. En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al Gobernador del Parral. Nada valió, sino para atraerle nuevos enemigos, entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrílegas en el Cristo del Señor. Los indios que hallándose afligidos y casi reducidos á esclavitud, se creían engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos.

No estaban aún bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento. D. Diego de Lara, gobernador de la nueva Villa, con esta noticia, avisó al Padre, que no tenía segura la vida y que se retirase. El bendito hombre respondió que no podía resolverse á desamparar á sus amados hijos: que él no les había hecho mal alguno ni tenía por qué temer y que en todo trance estaba dispuesto á morir por su rebaño. Era esto á fines del año de 1649 y presos por entonces algunos sediciosos pareció serenarse un tanto la borrasca.

Renuévase la sedición de Papigóchi.—Heroicidad del P. Cornelio Bendin.—Muere á manos de los bárbaros en la iglesia

AÑO 1650.

Esta fingida paz no duró sino mientras fortificaban más su partido. Los principales autores eran Don Diego Barrasa, cacique de S. Diego Iguachínipa, **D. Luis, cacique de Yagunaque** y Teporaca, otro bravo cacique, que en el motín antecedente había sido muy fiel á los españoles, y ahora había vuelto las armas contra ellos. Aconteció que el día 15 de Mayo de este año de 1850 fuese el Padre Cornelio á dar la Extrema-Unción á una india joven que luego murió, antes de dos horas. La madre, penetrada del más vivo dolor, salió como furiosa, gritando por el pueblo, que el padre, con aquellos aceites, había muerto á su hija. En los ánimos ya conmovidos hizo grande impresión esta calumnia. Ya casi corrían á las armas, y no sin grande fatiga del misionero, vinieron á sosegarse por entonces. Sin embargo, así los tres caciques nombrados, como algunos **hechiceros** que nunca faltan entre estas gentes, tomaron de aquí ocasión para avivar más sus pláticas sediciosas. El cacique de Yagunaque era un declarado apóstata. Decía públicamente, que no había de volver á ver Padre ninguno sino para darle la muerte: que no quería oirlos ni aprender más de su ley; que él, no tenía más Dios que su carne, su mujer y sus hijos. El Teporaca era un indio de bastantes luces y de una persuación natural que apenas dejaba libertad para resistir á sus discursos. Por otra parte, se le creía tanto más, cuanto habiendo sido antes, muy amigo de los españoles, no se persuadían á que se hubiese vuelto contra ellos, sin razones muy justificadas. Añadíase el crédito de su valor y astucia militar con que había hecho tanto estrago en los mismos de su nación, en la guerra pasada, y que había tantos motivos de creer emplearía mejor en los extraños por la defensa de sus naturales. Convocados muchos pueblos y dispuesto todo lo necesario, la madrugada del sábado 4 de Junio, víspera de Pascua de Pentecostés, prendieron fuego á la casa del Padre, dos horas antes de amanecer. La algazara de los enemigos que rodeaban por todas partes la casa, el calor y el humo, avisó luego al misionero y á un soldado que se le había enviado de escolta, llamado Fabián Vázquez. Uno y otro corrieron bien presto á sus armas. El Padre á un devoto Cru-

cifijo, el soldado al arcabuz y espada para defenderse y defender al Misionero. Este, como se supo después, por unos muchachos que le asistían, vuelto con admirable serenidad á Fabián Vázquez. No estamos (le dijo) en estado de defendernos ni ofender con esas armas. Es llegada la hora de Dios, y no nos toca sino disponernos para ella. La casa está cercada de innumerables bárbaros y el fuego nos hará salir de ella bien presto para entregarnos en sus manos. Aprovechaos de este corto tiempo, y de un sacerdote que tenéis á vuestro lado. Dicho esto se sentó á confesarlo cuanto permitía la ocasión y luego con un valor intrépido abrió la puerta que conducía á la Iglesia; los indios le siguieron con grande alarido, flechándolo incesantemente, hasta el pié del altar mayor, donde se postró ya desangrado. Aquí, uno á quien pocos días antes había el Padre bautizado, le echó un cordel al cuello, y arrastrándole por toda la Iglesia, lo sacó hasta una cruz que estaba en el cementerio. Entretanto, unos le tiraban flechas, otros le herían con gruesas macanas, hasta que llegando á la Cruz expiró, al golpe de una piedra en forma de macana, con que le dieron en el cerebro. Con la misma crueldad dieron la muerte á su compañero Fabián Vázquez. Conseguida esta bárbara victoria, corrieron otra vez á la iglesia, despedazaron los altares, arrojaron por tierra y pisaron con escarnio las estatuas sagradas, buscaron con grandes ansias el Vaso de los Santos Oleos y los derramaron, diciendo: Aquí están los aceites conque éste nos mataba. Lo mismo hicieron con las sagradas Formas, profanando los vasos y vestiduras santas que repartieron entre sí. Hicieron todo esto con tanta aceleración, que antes de salir el sol, habían ya desamparado todos el pueblo de Papigochi y retirádose á los montes.

Diligencias practicadas después de este suceso en la Villa de Aguilar en el Parral y en Durango.

Tal fué el éxito glorioso del Padre Cornelio Bendín, dotado de todas las cualidades necesarias para el ministerio evangélico; de una mansedumbre y dulzura inalterable; de una grande fortaleza de espíritu para emprender cualesquier trabajo por la gloria de Dios; de un celo ardiente por la salvación de las almas, pretendió con ansia desde estudiante en Flandes, la misión del Japón. No habiendo podido conseguirla por la revolución de Portugal, tuvo por un singular favor ser nombrado para la Nueva Vizcaya y aun se creyó haber tenido noticia del género de muerte que le esperaba por medio de una alma favorecida de Dios. Lo que hemos escrito y escribiremos de él y de otro compañero que le siguió presto, se ha tomado de las informaciones que por mandato del Ordinario y á petición del Padre Provincial, Andrés de Rada, se hicieron en la Villa de Aguilar en el Parral y en Durango para remitirse á la curia romana. Luego que en la Villa se tuvo la noticia, pasó á Papigochi el Capitán Diego de Lara y Trujillo, justicia mayor, y con algunos soldados. Hallaron los cuerpos desnudos, al pié de la Cruz. El del Padre tenía cinco flechazos de la cintura arriba, y dos en los dos brazos; tres golpes de macanas en la cabeza hacia la frente y otro en el cerebro, fuera de algunas otras contusiones. Se observó que al Padre no le habían cortado parte alguna de su cuerpo como es costumbre general de estas naciones, para celebrar sus bailes. Al soldado le habían quitado la cabellera con todo el casco. Recogidos todos los pocos restos de cosas tocantes al servicio de la Iglesia, dieron vuelta á la villa llevando los cuerpos y depone con juramento el mismo Don Diego de Lara, que habiendo tenido el cuerpo del Padre en las casas de su vivienda por casi treinta horas, se enterró el día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á 5 de Junio, estando tan blando y tratable que parecía estar vivo. De la villa de Aguilar pasó luego la noticia al gobernador que estaba en Parral. Se dió orden luego al Capitán Juan de Barrasa que pasase á la Villa y mientras este venía, marchó con toda la gente que pudo juntar de españoles é indios amigos del Capitán Juan Fernández de Morales. Son muy dignas de notarse las palabras que este piadoso caballero escribió al Padre Nicolás Zepeda, con fecha 15 de Junio. Yo, dice, me tengo por muy dichoso en haber sido el primero que vino á esta averiguación, y á hacer guerra en desagravio del vilipendio con que trataron estos bárbaros á este Santo religioso que tanto bien les había venido á hacer, y desacato al altar y santos colocados en él. Confío en Dios, que antes que yo vuelva á poblado he de ver el castigo de éstos, y la misión ocupada por otro padre de la misma Religión y esa villa y su distrito muy aumentado por los méritos y sangre con que está regada de ese proto-mártir de ella, etc. Juntos los dos campos, determinaron marchar en seguimiento del enemigo, conforme á la orden que tenían del gobernador. Los rebeldes ocupaban un sitio muy defendido por naturaleza. Era un peñol bastantemente alto, aislado, de dos arroyos, cuyos altos bordes, del lado del monte hacían difícil la subida. Enseñados por lo que habían visto obrar á los españoles en semejantes lances, habían añadido la industria á la naturaleza, impidiendo los pasos y formando de trecho en trecho una especie de trincheras, con grandes piedras y gruesos troncos, á que agregaron algunas cortaduras donde lo permitía el terreno.

Vigorosa resistencia de los tarahumaras y éxito infeliz de la jornada.—Va de Capellán de la expedición el P. Virgilio Maez, Misionero de Satebó (1)

Quizá jamás, desde los tiempos de la Conquista, se había visto en los indios más regular y más vigorosa resistencia. Es verdad que les favoreció no poco la vanidad y la imprudencia del capitán que había venido del Parral. Estando ya en las cercanías de este puesto que convenía atacar, mudó repentinamente el orden de la marcha, dijo que á él le tocaba la vanguardia y que el Capitán Barrasa debía quedarse en la retaguardia, á cuidar del bagaje, mientras que él asaltaba el peñol. No duró largo tiempo la contienda. El Capitán Barrasa, hombre de mucho seso y prudencia, condescendió con su vanidad y se quedó con algunos pocos soldados al asiento y disposición de los reales en que debían alojarse. El Capitán Fernández marchó con los demás al asalto; bien que fuese igual el valor, era muy desigual el número y la naturaleza del terreno. De nuestro campo apenas eran trescientos hombres, entre españoles é indios aliados; los rebeldes eran cerca de dos mil y colocados en lo alto apenas perdían flecha. Los nuestros habían de luchar al mismo tiempo con la dificultad de la subida, habían de abrirse camino, apartando las piedras, troncos y broza, con que lo habían cerrado los enemigos, tenían que defenderse de las flechas y de las piedras y árboles

(1) Satebó ó saté-rabó, monte de arena.

que rodaban sobre ellos de lo superior del monte. En vencer estas dificultades inútilmente todo el día el Capitán Fernández, amenazando ya la noche y fatigada la gente hubo de retirarse avergonzado, á los reales, que lo mejor que pudo, había fortificado el Capitán Barrasa. La noche se pasó con bastante cuidado, y á la mañana, después de haber dicho Misa el Padre Virgilio Maez, que acompañaba el campo, se juntó consejo. Se determinó que no se debía asaltar el peñol antes de enviar por sócorro de más gente: que solo se debía procurar atraer á los enemigos al llano, no siendo posible sitiarlos por la poquedad de nuestros soldados. Efectivamente, se contuvieron los nuestros en su campo. Los enemigos, engreídos del suceso del día anterior, lo atribuyeron á temor y bajaron á insultarlos y lo mismo hicieron consecutivamente seis días, sin considerable ventaja ni de una ni de otra parte. El séptimo, en un recodo que hacía uno de los ríos, cubierto de espesa arboleda, dispusieron una emboscada de más de cien hombres y no dejando sino los precisos en la altura, bajaron los demás con grande alarido hacia el real. Se trabó muy en breve la batalla. Los indios, con una fuga maliciosa se retiraban todos hacia aquella parte donde tenían apostada su gente. Esta traza les salió tan felizmente como pensaban. El capitán Fernández viéndolos huir precipitadamente y no sospechando que en gente tan inculta cupiese semejante astucia, los siguió con ardor, acompañado de algunos españoles. Su temeridad estuvo para costarle muy caro. Empeñados ya, en el bosque, vuelven los fugitivos la frente, y comienzan á llover flechas de todas partes; al mismo tiempo se muestran á la espalda los que ya estaban de refresco, y los envuelven de todos lados. Un español cayó vivo en manos de los rebeldes. El capitán y los demás se vieron en gravísimo peligro y á no haber enviado el Capitán Barrasa algunos de á caballo que sostuvieran á los de á pié, hubieran quedado todos en los enemigos ganaron las alturas y les dejaron tiempo para una quieta retirada. Al prisionero que habían llevado consigo, quitaron la vida poco después, á vista de los demás españoles. Se supo al día siguiente que había llegado á los alzados un socorro de mil hombres. En el campo español, por el contrario, cada día era menos el número; el socorro pretendido no se podía esperar ni tan numeroso ni tan breve como se había menester. Las provisiones de guerra y de boca comenzaban ya á faltarles, después de una resistencia no imaginada. No se pensó, pues, sino en retirarse á la villa; pero apenas podrían hacerlo sin pérdida, si lo sentían los enemigos. En este conflicto quiso Dios que amaneciese un día lluvioso y nublado que prometía una oscurísima noche. Desde la mitad de la tarde se comenzaron á disponer las cosas para la marcha, con el mayor recato y silencio, porque no se diese indicio alguno de turbación, á los enemigos. Se dió orden á los indios confederados, que encendiesen las luminarias ordinarias y que permaneciesen en su canto acostumbrado hasta muy tarde de la noche. Luego que oscureció, comenzó á marchar la gente y el bagaje, que al amanecer estaban fuera de todo riesgo en el valle de Papigochi. Los indios aliados, después de haber tenido engañados á los rebeldes con la candelada y con el canto, partieron también, y caminados más de diez leguas, se habían ya, á la mañana, juntado con la tropa.

Sigue la empresa el Gobernador y castiga á los rebeldes en Tomóchi

No pudo el Gobernador D. Diego Fajardo saber el éxito de esta jornada sin una grande indignación. Le dolía mucho que los enemigos se hubiesen quedado no sólo sin castigo, pero aun vanagloriosos de una retirada que tenía tantas apariencias de fuga. Dispuesto con suma diligencia todo

lo necesario, aunque ya estaban muy entradas las aguas, marchó á grandes jornadas hacia el peñol, en que aún permanecían los alzados. El era el primero en el paso de los ríos y en la subida de los cerros con el fusil al hombro. Al primer asalto, los rebeldes, aunque por entonces no era muy grande el número, resistieron valerosamente sin que se les pudiese ganar trinchera alguna. No desmayó el gobernador, y á la mañana siguiente mandó acometer por todas partes para divertir las fuerzas del enemigo. Este se defendía con valor, pero no con la misma fortuna que otras veces. Murieron en ambos ataques muchos de los suyos, y los más valerosos; entre ellos el que gobernaba á los demás y había sido el principal agresor de la muerte del Misionero. De los nuestros se echaron menos tres de los más valerosos soldados y algunos de los indios amigos. El gobernador recibió algunas heridas, aunque ninguna de flecha emponzoñada. Los rebeldes privados de su capitán y favorecidos de la oscuridad de la noche, desampararon el puesto. A pesar de las grandes y continuas lluvias se les siguió hasta **Tomóchi**, cuyo río, que no ofrecía vado alguno, detuvo al gobernador y le hizo tener algunas juntas. En ellas se le instó siempre á que se retirase á curar á la villa. No condescendió sino con mucha dificultad á las vivas representaciones del Padre José Pascual, superior de aquellas misiones que lo acompañaba en esta expedición. En efecto, su natural ardiente y deseoso de la gloria de las armas, no era muy á propósito para tratar con los indios y para reducirlos á los medios de paz, que era el principal intento, y que ausente él, se consiguió con facilidad, como veremos adelante.

———o———

Rehabilitación de Papigochi por el P. Jácome Basilio.—Gran táctica del Capitán Barrasa.—Con la muerte del P. Bendin inflámanse los jesuitas en el deseo de conquistar almas para Cristo.—Cualidades y ejercicios del P. Jácome Basilio

En la provincia de Tarahumaras, después de la retirada, al Parral, del Gobernador Don Diego Fajardo todo caminaba con prosperidad á la paz. El Capitán Juan Barrasa, con un ingenio no menos vivo que el del gobernador y ayudado de la larga experiencia y terror de su nombre entre los indios, haciendo grandes estragos en sus tierras y rancherías y teniéndolos en una continua fatiga, sin precipitarlos hasta la desesperación que suele hacer más, que el valor y la industria, consiguió que los alzados, en pequeñas cuadrillas, fuesen viniendo á rendírsele. Algunos de éstos se enviaron por diputados á los demás, para hacerles conocer las intenciones del gobernador y que satisfecho con las muertes de los principales agresores (que los más habían fallecido en el peñol) (1) ofrecía la paz al resto de la Nación como volviesen á poblar en sus antiguos puestos y se sujetasen á la obediencia del rey nuestro señor y á la instrucción de los Misioneros. Esta embajada tuvo todo el efecto que se podía desear. Los rebeldes que habían quedado en estos montes, vinieron de tropel á presentarse á los reales, fueron conducidos al Valle de Papigochi, y se dieron mucha prisa en establecer sus casas y la del Padre que había de venir á doctrinarlos. Con indicios, al parecer, tan nada equívocos de una sincera resolución, casi juntamente con la noticia de la muerte del Padre Cornelio Bendín, llegó á México la noticia de la paz y reducción de

(1) Cerro del actual **Miñaca**.